





Hilos de confusión

María Carbonero

Platero
COOLBOOKS 

Título: Hilos de confusión

Primera edición: diciembre, 2024

© 2024, del texto María Carbonero.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-79-5

*Dedico este libro a mi madre, Obdulia, por ser mi luz
y mi guía, y por haber visto en aquellos primeros poemas
de mi juventud la semilla de mis sueños. A mi amado esposo
y mis hijos, sois mi fuerza. A mis seres queridos,
por arrancarme siempre una sonrisa y
hacerme sentir tan profundamente querida.*



*Lo malo no es que los sevillanos piensen que tienen la ciudad
más bonita del mundo; lo peor es que puede que tengan razón.*
—Antonio Gala



Índice

Capítulo 1	13
Capítulo 2	23
Capítulo 3	29
Capítulo 4	43
Capítulo 5	53
Capítulo 6	63
Capítulo 7	71
Capítulo 8	79
Capítulo 9	89
Capítulo 10	95
Capítulo 11	101
Capítulo 12	107
Capítulo 13	117
Capítulo 14	125
Capítulo 15	133
Capítulo 16	143
Capítulo 17	149
Capítulo 18	155
Capítulo 19	163
Capítulo 20	169
Capítulo 21	175
Capítulo 22	183
Capítulo 23	189
Capítulo 24	197
Agradecimientos.....	209



Oculta, entre los papeles desordenados en el cajón de mi escritorio, yace esta carta:

Hoy, siento un escalofrío que recorre mi cuerpo. Sentada en mi escritorio, necesito poner orden en mis pensamientos, me estremecen, no puedo controlarlos.

Hay una idea que martillea con fuerza mi cabeza, deseo parar este impulso, pero sé que es demasiado tarde. Mis lágrimas caen por las mejillas sin control al pensar en tres amigas que un día fueron inseparables y hoy son perfectas desconocidas.

Mi obsesión me está consumiendo.

En esta carta dejo constancia de mi tormento antes de que sea demasiado tarde.

Mis pensamientos, una vez llenos de amor y lealtad hacia ellas, o eso pensaba, se han vuelto tenebrosos.

No puedo evitar imaginar un futuro en el que alguien pague por sus traiciones y mentiras.

Por otro lado, esta fijación sobre una de ellas rompe mis esquemas, a veces, dudo ver con claridad los motivos.

Así que, quien sea que lea estas páginas, ten en cuenta que mi historia es un laberinto oscuro de traición, obsesión y venganza. Y si alguna vez llega el día en el que mis intenciones se vuelven realidad, recuerda que todo comenzó aquí, en estas hojas donde mi destino quedó sellado en tinta y papel.

Preferiría vivir en la nube del autoengaño, donde el tiempo es infinito y no pasa nada por dejarlo todo para otro momento. Sé que el momento está próximo, es tarde para echarme atrás.



Hilos de confusión.

Es el refugio perfecto. Eva se recuesta en la silla de mimbre, dejando que la brisa le acaricie su rostro, mientras observa sentada la maravillosa terraza con azulejos; mirando sus característicos diseños intrincados y detallados con motivos florales, geométricos y abstractos; entonces, se pierde en sus pequeños recuerdos.

Cierra los ojos y se transporta con sus pensamientos a otro tiempo, son recuerdos de una vida.

Capítulo 1

Cuando apenas tenía veinte años, sucedió un pasaje lamentable que hubiera querido no vivir. Por aquellos tiempos, la amistad tenía gran importancia para unas jóvenes como nosotras, con ganas de descubrir el mundo y experimentar. La alegría y la diversión formaban parte de nuestra rutina en el tiempo libre; la única preocupación que compartíamos mis amigas Carmen, Silvia y yo era aprobar las materias, y si era posible, con el mínimo esfuerzo, pero, sobre todo, estar lo más atractiva posible para acudir a nuestras fiestas de fin de semana.

Tuvimos una relación muy especial en nuestra juventud. Después, todo cambió.

Carmen jugaba un papel dominante, ella decidía siempre dónde ir y con quién. Hasta nos increpaba por la ropa que elegíamos; nosotras, como unas tontas, aceptábamos las críticas sin rechistar. Por aquel entonces, nada tenía más importancia que nuestra amistad.

Aquel verano sucedió algo...

Un sudor frío me recorre el cuerpo al recordarlo. Siento un tirón en el estómago.

Como cada sábado, nos preparamos para salir. En aquella ocasión, la fiesta era a las afueras de la ciudad, en un pueblo del que apenas había oído hablar hasta entonces. Sentí una premonición, un mal presentimiento me incomodaba. Sin embargo, como tantas otras veces, decidí ignorarlo.

Llegamos a una finca enorme, cuyo tamaño se intuía por el recorrido que hicimos en coche siguiendo un muro

que lo delimitaba. Era de gran altura. La entrada era impresionante, con grandes cancelas negras automáticas, custodiadas por dos «gigantes» enchaquetados en la puerta. En aquel momento, me di cuenta de que la fiesta era privada, muy diferente a las que solíamos ir. A pesar de mi creciente inquietud, guardé silencio.

Nos pararon en la puerta para controlar si teníamos la invitación y entramos. Carmen se había ocupado de todo.

Al llegar, una chica muy elegante nos dijo que la siguiéramos. Cruzamos un pasillo, subimos las escaleras y en la primera habitación de ese largo corredor, nos abrió la puerta invitándonos a pasar. No entendí nada, miré a Silvia con expresión incrédula, de Carmen me lo esperaba todo.

La señora nos señaló el armario lleno de vestidos elegantes de diferentes telas y colores, anunciando que teníamos a disposición ropa para cambiarnos, y abandonó la estancia sonriendo.

—Carmen, ¿qué es esto? No entiendo nada, pero no me gusta —dije, titubeando.

—¡Anda, tonta! No pasa nada, es una fiesta, nada más. Verás cómo nos divertimos —dijo intentando tranquilizarme.

Miré a Silvia, su rostro también reflejaba asombro.

Carmen abrió el armario y nos animó a que probásemos los vestidos. Nunca habíamos presenciado tanta elegancia. Empezamos a sacarlos, la curiosidad era más fuerte que la coherencia. Entonces, las dudas y temores pasaron a un segundo plano.

Le seguimos la corriente, y aunque era un absurdo, continuamos con aquel disparate.

Me probé dos o tres, hasta que uno pareció hecho a medida. Actuamos como jóvenes entusiasmadas en su primer baile. Dejamos los nuestros tirados por la habitación, no tenían ya ninguna importancia.

Daba la impresión de que Carmen estaba al tanto de lo

que allí sucedía y, sobre todo, de cómo actuar; nos dijo: «seguíme y confiad en mí, la noche promete diversión vip».

Los primeros cuarenta minutos fueron divertidos. Los invitados iban ataviados de forma elegante y en un mismo color. El tono suave y armonioso de aquel gran salón de baile nos cautivó. Nadie observaba a nadie, cada uno parecía concentrado en conversar con quien tenía a su lado. Por lo tanto, nos dejamos llevar por un deseo oculto de disfrutar de algo nuevo que prometía una velada especial. Las horas pasaban animadamente y, poco a poco, nos fuimos relajando, olvidando que era nuestra primera vez en un lugar como ese.

Bailamos e intercambiamos opiniones con nuestros acompañantes, Carmen estaba siempre alerta.

Me sorprendió que las primeras bebidas que nos trajeron fueran cócteles de fruta sin alcohol. Este detalle nos tranquilizó aún más.

Sin embargo, en medio de esta aparente normalidad, se ocultaba una oscura realidad. En un rincón apartado de la sala había un grupo de señores que llamaron mi atención por llevar máscaras que cubrían sus rostros. Me quedé observando con disimulo unos minutos, parecía que uno de ellos ejercía particular control sobre los demás. Con cautela, me dirigí al baño, pidiendo disculpas a mis amigas y a los tres señores que nos acompañaban. Carmen me lanzó una mirada de desaprobación que, en ese momento, no comprendí.

El baño se encontraba a solo dos pasos de aquel extraño grupo. Me adentré en un pequeño pasillo y me quedé parada unos minutos presa de la conversación que estaba escuchando. Me sentí confusa, las pocas palabras que logré captar me inquietaron. Eran tan absurdas que dudé estar comprendiendo lo que decían.

Hablaban de llevar a unas chicas a una habitación preparada para sus «juegos». Creí entender algo de tenerlas sujetas.

Escuché unos pasos detrás de mí y, sin pensarlo, me metí en el baño a toda prisa. Por un momento, pensé que era mejor no involucrarme, entonces oí a dos chicas hablando dentro; seguramente pensaban que estaban solas. Con cuidado, intenté no hacer ruido al levantar la tapa del inodoro; los nervios y la tensión habían estado a punto de hacerme perder el control. No quería que me descubrieran, por primera vez sentí miedo.

Cuando me percaté de que se habían marchado, salí intentando parecer tranquila. Con los ojos líquidos volví al salón para recuperar mi copa. Necesitaba un trago. Entonces, me acordé de que no tenía alcohol y miré a Carmen, esta hizo una señal hacia uno de los acompañantes. Entonces, él se acercó y me susurró al oído: «Ahora mismo vuelvo con dos copas, hermosura».

Intenté sumergirme en la animada conversación del grupo, pero resultó muy difícil; la preocupación empezaba a invadirme.

Roger, así se llamaba el «compañero» que me habían asignado, se acercó por detrás y con una mano me agarró de la cintura, casi clavando sus dedos en mi piel. La otra apareció del otro lado, levantando una copa de champán a la altura de mis labios. Me invitó a acompañarlo a uno de esos reservados que se distribuían por el gran salón. Necesitaba sentarme, beber algo y aclarar las ideas, así que acepté.

Todo era muy confuso, una vez sentados, me giré hacia donde había dejado a mis amigas y un sudor frío comenzó a recorrer mi cuerpo. Habían desaparecido. Por segundos, me sentí indefensa, casi paralizada, como un animal acorralado.

Roger lo notó y, en seguida, sacó un tema de conversación para que me relajase. Empezó a hablar de sí mismo, intentando convencerme de la naturalidad que envolvía el ambiente.

No pude disimular el miedo que sentía hasta pasado un rato. Roger lo consiguió, quedé absorbida por su charla y

dulzura. Llegué a pensar que quizás me había equivocado al juzgar prematuramente lo que había oído minutos antes. Mis preocupaciones quedaron en un segundo plano.

Pensé: «y si lo que decían era de broma, o quizás formaba parte de un juego imaginario para calentar el ambiente».

Me concentré en recuperar mi equilibrio personal y lo logré.

Pasada una hora aproximadamente me invitó a salir a la terraza, accedí ya más tranquila. Comencé a saborear la música suave, las copas y la grata compañía.

—Necesito algo de comer, por favor —dije entre medio de la animada conversación, casi implorando.

—En seguida traigo unos canapés —respondió.

Supieron a gloria, y así prosiguió la noche, sin que ocurriera nada extraño.

Sobre las cuatro de la mañana, aparecieron Carmen y Silvia anunciando que era la hora de marcharse. Nos despedimos con un dulce beso rozando los labios, y salimos de la finca. Nos montamos en el coche, una vez alejados, me di cuenta de que llevábamos puestos los elegantes vestidos de la fiesta y lo mencioné. Carmen sonrió diciendo que no nos preocupásemos, que formaban parte del agradecimiento por la velada.

Recuerdo haber dormido aquella noche con un sueño más profundo de lo habitual, la tranquilidad de haber errado en mis temores sobre lo que allí pasaba me permitió relajarme.

Al mes, llegó otra invitación a La Casona. Sin titubear, aquel viernes nos pusimos en camino. Los primeros minutos transcurrieron como la primera vez, sin embargo, la compañía era distinta, Carmen nos explicó que, como regla general, no se repetía jamás «compañero de fiesta».

No pasó mucho tiempo antes de que volviera a ver a un grupo de hombres situados en el mismo rincón, junto al aseo. Mi curiosidad hizo que necesitase acercarme. Giré

en el pasillo y me apoyé en el muro, esta vez agachada, fingiendo que me ajustaba las tiras de los zapatos de tacón. De esa manera, pude pasar varios segundos escuchando. La conversación era muy parecida a la vez anterior. Esto me alarmó, demasiadas preguntas golpearon mi mente. Oí unos pasos y entré en el baño sin demora. Al salir ya no estaban. Necesitaba cerciorarme si era todo producto de un juego imaginario, quizá producido para excitar la conversación entre hombres o si había algo de verdad en todo aquello.

Volví a mi grupo con la cara desencajada. Carmen estaba siempre atenta, parecía leerme el pensamiento. Se apresuró a hacer un guiño a uno de los allí presentes para invitarme a una copa de champán y a tener una conversación más privada.

Cada movimiento parecía repetitivo, programado. Parecíamos marionetas a su antojo.

Esta vez, mi conversación quedó muy por debajo de lo esperado; incluso pasado un rato, mi mente seguía vagando en otro lugar.

Una vez en la terraza, aproveché un momento de silencio para decir que necesitaba ir al baño, de nuevo. Comencé a temer que sospecharan por mi insistencia. Mi compañero, esta vez no recuerdo su nombre, se quedó apoyado en la barandilla, mirando los jardines alumbrados, mientras fumaba un cigarrillo. Parecía no importarle demasiado que yo desapareciera.

Aunque indecisa, me acerqué a las escaleras, observé detrás de mí y, sin pensarlo, subí demostrando una extraña naturalidad que no tenía.

Recorrí el interminable pasillo con el corazón a punto de salirse del pecho. Una sensación de culpa me invadía, como si estuviese cruzando un límite prohibido. Al final del corredor vi una escalera de caracol estrecha y oscura. Me quité los tacones y empecé a subir.

A ambos lados del pasillo, había habitaciones con

puertas correderas de cristal oscuro; unas vidrieras dejaban ver lo que sucedía dentro.

Me mordí los labios, comencé a pensar que quizá sería mejor regresar a la fiesta. Sin embargo, me acerqué un poco más, intentando no ser vista. Lo que más me acongojó fueron los sollozos y lamentos de voces femeninas que se oían. Mi corazón parecía galopar. No me dio tiempo a contar cuántos tipos había en aquella habitación. Me froté los ojos con la esperanza de que fuera todo producto de mi imaginación. Varios hombres desnudos tenían a una chica agarrada por el cuello, uno de ellos parecía que la estuviese asfixiando con una cinta, mientras otros la tomaban como si fuera un trozo de carne. «La van a matar», pensé.

Quería hacer algo, pero estaba convencida de que, si lo hacía, me iba a meter en un túnel sin salida. Me faltaba el aire por momentos. Un torbellino de emociones se agolpaba en mi mente, pero fue el terror lo que me hizo retroceder sobre mis pasos, cuando escuché la voz de uno de ellos, que dijo intentando controlar su tono: «¡Está muerta, está muerta!». Entonces, entré en pánico. Tuve tiempo de esconderme tras uno de los grandes macetones que decoraban el pasillo al ver salir a alguien de la habitación. Cerré los ojos como una niña asustada, rezando para no ser vista. Tenía que salir de allí a toda prisa, tuve un momento de lucidez y corrí hacia el final del pasillo, aprovechando que aquel tipo había desaparecido un instante, o eso me pareció. Me introduje en el interior de una minúscula habitación, en ella había dos grandes sillones, que extrañamente ocupaban todo el espacio de aquel pequeño habitáculo; elegí el del medio para esconderme. Aterrorizada, me agaché tanto que las piernas me dolían, tapándome con las manos los oídos quise desaparecer. Entonces, levanté la mirada y ¡milagro! Había una ventana, quedaba por descubrir a dónde conduciría para poder escapar.

Mis piernas, mis largas y delgadas piernas que tanto me

preocuparon en mi adolescencia, me ofrecieron, en aquella ocasión, la posibilidad de huir con más facilidad.

Las toqué suavemente, casi acariciándolas, en un gesto de agradecimiento.

En cuestión de pocos minutos salté por la ventana. Milagrosamente, daba a una pequeña terraza posterior, de ahí no sé cómo, pero bajé ayudándome de una columna de mármol, recuperando los tacones que había tirado, segundos antes, para facilitar el descenso. Una vez en el suelo, intenté recomponerme, pasé mis dedos por mis alborotados cabellos, intentando que pareciera todo normal, y me introduje de nuevo en el salón. Las piernas me temblaban, vi a lo lejos a Silvia, me acerqué a ella y le pregunté por Carmen.

—Lleva un rato buscándote, está enfadada porque no sabe dónde te has metido —bramó.

—Me había mareado un poco y decidí salir a tomar un rato el aire fresco, nada más —respondí.

La noté nerviosa y asustada, nunca la había visto así.

—¿Me acompañas afuera? Necesito tomar un poco de aire —casi le imploré.

Nos cogimos del brazo y caminamos directas, sin distracciones.

Al salir, nos encontramos de repente con Carmen, estaba nerviosa y su rostro reflejaba signos de enfado y preocupación a la vez.

Al verla me pregunté si alguna vez mi amiga habría participado en una de esas «reuniones» en la habitación privada.

En el interior, un silencio profundo se adueñó de la sala principal por varios minutos.

La tensión en el aire podía cortarse con un cuchillo.

—Tenemos que irnos, rápido —dijo con tono serio.

—¿Ha pasado algo? —pregunté.

—Una chica se ha sentido mal, ahora llamarán a la ambulancia. No sé nada más.

Hubo un silencio incómodo en el trayecto a casa.

Aquella noche nos despedimos de manera fría.

Ya en la cama, me costó relajarme y se me hizo muy difícil conciliar el sueño.

Miles de preguntas me zumbaban provocando un dolor intenso en la nuca: «¿habrá muerto aquella chica?, ¿sucedió realmente lo que interpreté en pocos minutos escondida en aquel pasillo?».

La última vez que vi el reloj eran las cinco de la mañana. Finalmente, el agotamiento me venció y logré cerrar los ojos.

Aquella semana, el teléfono parecía haberse estropeado; reinaba un silencio absoluto. En más de una ocasión estuve tentada de mandar un saludo, solo para entender el motivo de ese inesperado mutismo.

Aquella experiencia dejó una profunda huella a las tres, tambaleando una amistad que duraba desde hacía años.



Capítulo 2

Con el paso de los días, decidí enviar un saludo a nuestro grupo de mensajes. Pero antes, quise meter los dedos en la llaga a Silvia para ver si sabía algo, y la llamé.

—Hola, Silvia. ¿Cómo estás? —dije para empezar—. ¿Has hablado con Carmen? No tengo noticias vuestras desde hace días. —Me dio terror referirme a «aquella noche».

—Hola, Eva. No, no me ha llamado —respondió.

La voz de Silvia me pareció sollozante.

Me quedé aún más preocupada, pero preferí no hacer más preguntas. El silencio hizo presagiar tormentas de las que hubiera deseado escapar.

Nos despedimos de forma rauda.

Decidí esperar a ponerme en contacto con Carmen.

Pasaron varios días, cuando sonó el tono del mensaje, pero esta vez iba dirigido a mí, no al grupo. Silvia no entraba en los planes de Carmen. Este detalle me preocupó.

«¿Para qué querrá verme a solas? ¿Sabrá algo de mí que pueda ponerme en peligro? ¿Y si fui grabada con alguna cámara? Sería mi final», pensé.

¡Cuántas preguntas se agolparon en mi mente en cuestión de segundos! Sentí que la cabeza me iba a explotar.

Para complicar más el momento, mi madre estaba a punto de llegar, habíamos quedado para almorzar y ya era tarde para cancelar con alguna excusa. Mientras esperaba con nerviosismo el sonido del timbre, la imagen de la chica amarrada aquella fatídica noche no dejaba de rondarme la cabeza.

Mi madre me lo notó de inmediato, de hecho, casi se enfadó por mi silencio. Fue una comida algo extraña. Nos despedimos con un beso, la abracé deseando no separarme de ella. Implorando protección en silencio.

Mi madre estaba segura de que algo me preocupaba y me dijo: «Todo va a salir bien, no te preocupes, sea lo que sea, terminará».

Se me estaba haciendo tarde y no quería que Carmen se enfadara aún más.

Al llegar con mis pasos acelerados la vi sentada en un banco, mirando el teléfono.

—Hola, Carmen, ¿cómo estás? —dije con voz temblorosa. Carmen no perdió un segundo.

Sentí un nudo en la garganta a punto de explotar. El pecho me oprimía y temí no poder soportar la conversación.

—Dime, Eva, ¿dónde estuviste? Te busqué durante un buen rato, me pusiste de los nervios. Os dejé claro que no debíais hacer nada fuera de lo mencionado en el programa.

—No me acuerdo y no sé a qué te refieres. Lo único que hice fue ir al baño, estuve con ese acompañante en la terraza y no me acuerdo de nada más.

—¿En serio, Eva? ¿No hiciste nada más?

—Déjame pensar... Ah, sí, al ir al baño me quedé unos minutos observando el cuadro del corredor, ese al lado de la escalera.

«¡Oh no!, ¿por qué habré mencionado las escaleras? ¡Qué idiota!», pensé.

Intenté cambiar la conversación para que mi versión fuera más creíble.

—Me lo pasé muy bien, gracias, Carmen. Por primera vez me sentí centro de la atención. Los acompañantes que me tocaron en las dos fiestas fueron muy agradables.

Carmen no respondió. Sabía que estaba mintiendo.

—Eva, ¿no te has enterado de que, en la fiesta, una chica tuvo que ser llevada en ambulancia?

Sabía que los hechos no habían ocurrido así, pero no quise caer en la trampa.

—No, no sabía. ¡Ah, sí!, ahora recuerdo que dijiste algo antes de irnos, pero estaba tan cansada que casi lo había olvidado.

—Una chica murió aquella noche —susurró con voz grave—. Quería anunciarte que me voy de España, me ha salido un trabajo en...

Guardó silencio por unos segundos.

—Solo quería que lo supieras.

De pronto, con un semblante aún más serio. Alzó la mirada sobre mi cabeza. Giré y vi a un hombre a lo lejos que nos observaba fijamente. Carmen se levantó y sin más contemplaciones se despidió de mí dándome un apretón de manos. Luego se marchó.

Me quedé durante un buen rato allí sentada, en ese banco frío. Me sentí sola, triste y abandonada. Sabía que acababa de perder a mi amiga.



Durante semanas fue difícil concentrarme, sonreír, incluso dormir.

Pensaba que aquel problema había acabado cuando, de pronto, un día llamaron a la puerta.

—Policía, señorita, abra.

Me dirigí temblando hacia ella, bloqueada, no podía pensar con claridad.

Me detuve frente al espejo del pasillo para arreglarme el cabello, solo entonces me di cuenta de los cercos negros que habían aparecido alrededor de mis ojos. Parecía como si los años hubieran pasado volando, en tan solo varias semanas desde aquella terrible noche.

Abrí la puerta con dificultad, mis dedos parecían aletargados.

—Buenas tardes, agentes.

—Buenas tardes, ¿señorita González?

—Sí, soy yo. ¿En qué les puedo ayudar?

—¿Podemos pasar? Necesitamos hacerle unas cuantas preguntas.

Me hice a un lado y los dejé entrar.

—Hemos sabido que estuvo en la fiesta celebrada en la dirección...

Casi me mareé al escuchar el nombre de La Casona.

Imagué a lo que venían.

Las preguntas se centraron en: qué hacía allí, quién me había invitado y si conocía a otros invitados. Las palabras se arremolinaron en mi cabeza a tal velocidad que dudé, a veces, estar comprendiendo. Lo peor fue oír que una chica había muerto y que en una de las cámaras se vio cómo yo subía las escaleras de caracol con los zapatos en la mano.

Me puse blanca. Sentí que me faltaba el aire por segundos.

Si la policía había visto esas imágenes, el que mató a la chica también habría podido verlas. Eso me hizo temblar, me quedé paralizada por el miedo.

«¡Estoy en peligro!», pensé.

—Pues, no me acuerdo bien de aquella noche, agentes —dije esperando ser creída—. Subí por curiosidad, era la primera vez que veía una escalera así —mentí.

—¿Y al llegar arriba vio algo sospechoso o raro?

—No sabría decirle, agente, el concepto de raro es muy subjetivo.

—¡Señorita González! —gritó el agente.

—Pues sí, ahora que lo recuerdo, escuché sonidos de lamentos o de placer, no sabría decir.

—¿Y qué hizo?

—Me asusté, pensé que estarían divirtiéndose y no quise entrometerme. Bajé las escaleras casi corriendo. Y eso fue todo, les aseguro que no vi nada más.

Los agentes me saludaron y abandonaron mi hogar. Tenía que presentarme en la comisaría al día siguiente, me habían advertido de que debía repetir lo expuesto y firmar la declaración.

Cuando cerré la puerta creí caerme al suelo. Mis piernas parecían columnas de hielo, eran difíciles de controlar debido a la tensión. Llegué al sofá con gran dificultad y prácticamente me dejé caer.

Las lágrimas empezaron a brotar sin control. El estado de nervios en el que me había dejado la visita de los policías hizo que sintiera el comienzo de una pesadilla. Puse las manos en mi cara, apreté con fuerza intentando controlar una situación espinosa que, como me temía, acababa de explotar.

A la mañana siguiente, tras una noche en blanco, traté de recomponer el puzle de las piezas de aquella maldita fiesta. La necesidad de olvidar había creado, en tan poco tiempo, ciertas lagunas.

Tenía que repetir lo ya mencionado y no deseaba llegar a la comisaría balbuceando y tener problemas con la policía.

Me metí en la ducha, frotándome la cara una y otra vez. Fue una ducha larga, más de lo habitual. Al salir, hice un gran esfuerzo por esconder mi estado. Me arreglé el pelo con esmero y me maquillé lo justo para aparentar naturalidad. Tomé un café rápido y me puse en camino.

Y así es como, sin desearlo, me vi en medio de un enjambre complicado de resolver.

Repetí lo del día anterior, sin embargo, esta vez añadí las conversaciones que escuché cerca del baño, aunque saltando el episodio del pasillo —temí que me perjudicase—, directamente hablé del revuelo que se creó cuando alguien dijo que una chica se había encontrado mal y que habían llamado a la ambulancia. Para terminar, referí el nerviosismo de Carmen y lo rápido que nos sacó de la fiesta.

—Y dígame, ¿ha hablado de nuevo con su amiga Carmen?

—Solo una vez, me dijo que se marchaba por trabajo fuera del país.

—¿Y no le pareció extraño?

—Pues la verdad es que no. Hacía tiempo que andaba tejiendo esa idea, era su sueño. Pero nerviosa sí estaba, nunca la había visto así, seria y preocupada, distante y silenciosa.

—Muy bien, señorita. Eso es todo. Gracias por su declaración. Firme aquí. Podríamos tener que contactarla en otro momento. No desaparezca —dijo con media sonrisa irónica.

A los pocos días, se corrió la voz de lo ocurrido en La Casona: en el bar, la panadería, en el banco. «Una chica ha sido asesinada en un juego erótico. Han detenido a un número de personas y otras están en busca y captura».

Me froté los ojos al leer las iniciales, coincidencia o no, las de Carmen aparecían en esta lista.

Las semanas se sucedieron con cierto alboroto por la noticia, hasta que un buen día llegó otra: el robo del banco y, de repente, la gente pareció olvidar.

Casi me alegré, necesitaba pasar página. Y eso hice.